



Creo deber tomar en cuenta los carifiosos consejos que desde este mismo diario me ha dirigido el amigo Cavia, poniéndome bajo la sombra protectora de Sagasta con motivo de no haber enlazado, por un cuarto de hora, el tren en que yo volvía de Logroño a Salamanca con el de la cruenta catástrofe de Medina del Campo.

En primer lugar, mi expresión de hermandad espiritual con el amigo Cavia y de cómo me conforta su ejemplo de tozuda e independiente laboriosidad aragonesa. Me parece sencillamente admirable su martilleo cotidiano en el hierro frío de nuestra máquina mental española. Es de los que creen que se puede calentar el hierro a martillazos. Y en todo caso, alguna chispa se saca de él. El P. Fr. Alonso de Cabrera, O. P., en la quinta de sus «Consideraciones del viernes después del domingo cuarto de Cuaresma», nos dice que «si a un buen pedernal le dais un golpe con un libro o con otra cosa tal, no sacaréis centella por más que con ese corchéis; pero si con un eslabón de acero, al primer eslabonazo saltan las centellas». Y el amigo Cavia sabe que a las veces nos cumple de nuestros artículos hacer eslabones.

Y me he mirado, el erizo calentamiento, no pocas veces en el espejo de nobilísima independencía que tantos años hace nos viene ofreciendo Cavia, que no ha querido ser más que publicista, es decir, nada menos que publicista. Por lo cual se le recorda cuando se haya olvidado a los que se vendieron al ansia de llegar a un cualquiera ex.

Y vamos a nuestro caso.

El amigo Cavia atribuye mi salvación del siniestro ferroviario a que me fué propicia la sombra de Sagasta, de aquel ingeniero que tan escasas huellas dejó en la ingeniería nacional. Con lo que no fué responsable de ningún descarrilamiento o hundimiento de tren.

No conocí a Sagasta más que de vista y por sus actos públicos, y nunca le oí hablar en público. El verano de 1889 coincidí con él unos días en el balneario de Alzola, y de entonces conservo un apunte de su tan característico busto, en que no aparece, claro está, el simbólico, pero legendario tupé, apunte que tomé, con otro del duque de Veragua, cuando ambos conversaban en un banco de Alzola. He guardado con cariño aquella nota gráfica, sacada directamente de la realidad.

El rostro de Sagasta era de una singular expresión, y de esa marcada expresividad que sustituye, y hasta con ventaja, a la belleza. Si la cara es, como se dice, el espejo del alma, el alma de D. Práxedes Mateo debió de ser buena. Y lo fué de hecho. Sagasta fué ante todo un hombre bue-

o. Lo que no ocurre, ni mucho menos, con los más de los políticos de carrera.

Sagasta había sido un revolucionario de acción; había estado condenado; tuvo que huir, y estos revolucionarios suelen ser gentes de corazón tierno que con los años de acción y la acción de los años se les entenece aún más.

Los revolucionarios saben perdonar y comprender. Cosa que no les suele ocurrir a los renovadores, o sea a los irrevolucionarios. De la ingénita bondad de Sagasta brotó su revolucionarismo. Y de ella brotaba aquel su humorismo campechano y compenedor.

Hay, entre otras, tres clases de políticos profesionales. Primero, los que van a su meta—menguada meta, de ordinario—en carro, en coche o en automóvil, por el camino más corto y sin detenerse ni ladearse por ningún obstáculo, sea el que fuere. Si se les atraviesa un pacífico e inocente transeunte, una mujer, un niño, un anciano, un pobre, pasan sobre él diciendo: «¡que no se hubiera puesto ahí!» Le echan unas perras de indemnización o hacen más bien que se las eche el Estado, o colocan en cualquier empujillo al víctima, y si éste pereció, a quien en la familia le haya sustituido. Todos conocemos, y Sagasta también le conoció—¡y tanto!—al prototipo de esta clase de político de carrera. ¡Y tan de carrera!

Hay también el que al encontrarse con la rémora, con el inocente—y aunque sea nocivo—tropiezo, o se detiene o se desvía, aunque esto le retrase el llegar a su paradero, y en casos aunque se lo impida. De éstos era Sagasta.

Y hay, por último, el que se desvía de su camino de carrera para mostrar su habilidad en coger a un descuidado papanatas, ya por puro deporte o por viciosa sangre—la expresión popular es otra—, ya porque le cargan ciertos paseantes que suelen interponerse entre los carreristas. Carreristas que cuando corren tras una cartera, se llaman carreristas. «¡Ya verán si me meto yo con ese tío!», se dicen. O acaso: «si ese señor sabio, en vez de estar mirando a las estrellas, hubiese mirado al suelo que pisamos, habría visto las charcas y en ellas reflejadas las estrellas, y habría visto el camino de los carreristas, en vez de desdenarnos. Para que aprenda, pues». Y hay, aunque parezca mentira, políticos de estos deportistas del atropello, que le cometen sin provecho alguno, y a las veces hasta con daño propio, y no más que por conservar su fama de listos y de intencionados y hábiles. Todos los hemos conocido, y yo a tal tipo de carrerista político le he conocido y le he padecido.

Nunca he deseado la sombra de político alguno vivo, porque sé que esa sombra es como la del manzanillo. Y por no haber querido acogerme a semejante sombra, me cogió alguna vez la caleza de algún deportista de la política, esa cabileña de la que se dice que no tiene entrañas. Ni entrañas ni seso. Nunca he deseado la sombra de político alguno vivo, pero la de Sagasta, que no es muerto, la del revolucionario que hizo menos intolerable la Restauración, la de ese la acepto gustosísimo, amigo Cavia.

«¡Bebe quieto, Unamuno!», dice Cavia que me dijo en Medina del Campo la sombra protectora de Sagasta, alargada desde su estatua de Logroño. ¡Bebe quieto! Cualquiera puede beber quieto cuando se está de camino y por él pasan vehículos de carreristas de la política, unos, pocos, que se desvían al encontrarse con el viajero que bebe en la fuente del camino; otros, los más, que no se desvían ni atemperan su marcha, y algunos, los menos, que hacen una habilísima maniobra de virada para atrapar al viajero y darle un revolcón y que no vuelva a distraerlos.

Pero no es tanto, amigo Cavia, beber cuanto abrevar a los otros lo que nos cumple. No es a beber, es a dar de beber a lo que vamos a la fuente del camino. Y no podemos abrevar quietos. Necesitamos marchar, y marchar de prisa, llenando nuestro cántaro, para obligarles a que también marchen a los que beban de él. Que beban en marcha. Y ese es precisamente un medio de obligar a que no se paren a los sedientos.

¡Viajante en ideas! No hay más remedio. Las ideas no se venden en el arca. Hay que ir ofreciéndolas de feria en feria. Y aun así...

Lo triste, amigo Cavia, es ver las estepas castellanas cubiertas de un manto de helada nieve, resignadas bajo ese arreciente sudario, y pensar que en agosto, acaso antes, cuando necesite agua la semilla, se resquebrajen de sed. Y que aunque quietas, ¡y tan quietas!, no las dé Dios de beber. ¡Ah, cuando el campo está quieto de sed! ¡Y cuando al pueblo la sed le tiene quieto, con quietud de muerte! ¡Cuando se tumba a morir de sed en una trágica siesta!

Séanos propicia la sombra de Sagasta, del revolucionario que supo respetar a los viajeros que al borde del camino bebían de la fuente del ideal, del hombre bueno, en quien la bondad fué competencia; del ingeniero, que no hizo puentes que al hundirse cogieran a nadie.

MIGUEL DE UNAMUNO

*Subido*